

México, D.F., marzo de 1982.

Para conmemorar el sexto aniversario del fallecimiento de

DON DANIEL COSIO VILLEGAS

sus amigos y discípulos nos reuniremos, como en años anteriores, en torno de su tumba (Panteón Jardín, sección 1-A, Explanada, Balcón 3, fila 4), el miércoles 10 de marzo a las 14:00 horas.

La Dra. Josefina Vázquez y el Lic. Carlos Arriola han aceptado pronunciar unas palabras en esta ocasión.

Atentamente.

LA COMISION

Annabelle M. Osgood
Editorial Assistant

Dear Mrs Osgood,

Perhaps you will
find my review of Reforma
Mexico. I think it needs to
~~some corrections~~ be corrected.
but I hope you will
find it acceptable

Sincerely

A Sofia

✓ Z ✓

ojo la hoja adjunta es para
pasar la revista despues de
corregida.

MARZO 1982

102

Naticias
Colmex

Por sexta vez consecutiva, nos reunimos en torno al recuerdo de Don Daniel Cosío Villegas para rendirle homenaje. A muchos no les parece bien evocar los recuerdos y menos rendir homenajes. Personalmente creo lo contrario. Hoy, como en ocasiones anteriores, los recuerdos dan pie a la reflexión y el homenaje constituye una prueba más de la vigencia de los proyectos culturales emprendidos por Don Daniel.

En años anteriores se han recordado numerosos aspectos de la vida y obra de Don Daniel. Hoy, quisiera referirme a uno de los frutos de esa vida: El Colegio de México. La razón es muy sencilla: mi contacto personal con él fue de última hora y por consiguiente el conocimiento de su personalidad es fruto de la conversación con sus discípulos directos y de la lectura de sus obras y de su biografía. En esta forma se han precisado los contornos del caudillo intelectual y del empresario cultural. Con estos trazos, Enrique Krauze dibujó la imagen que pueden poseer todos aquellos que no tuvimos la oportunidad del trato directo y del trabajo cotidiano con Don Daniel.

El concepto de caudillo se asocia con el de carisma y con el de fe. El de empresario, con racionalidad y constancia. Estas virtudes no son fáciles de encontrar en una sola persona y menos después de un periodo de cambios y sacudidas, como fue el que le tocó vivir en sus primeros años. El dilema para muchos de la generación de 1915 y de las anteriores, como la de Vasconcelos, fue expresado por Manuel Gómez Morín, al terminar sus estudios en 1919:

En cuanto a mi porvenir vacilo entre dedicarme a ser rico, navegando en los negocios con bandera de dependejo, la única que salva en este oficio, o lanzarme a profeta de un nuevo mundo, alumbrado por el sol de la República Socialista de los Soviets, cuya organización, tendencias y procedimientos me han cautivado.

En los años veintes unos fueron profetas efímeros; otros, iniciaron sus carreras en la política y en la administración pública y, los más, se dedicaron a los negocios. Los intelectuales cometieron, como dice Rafael Segovia, el pecado de orgullo y soberbia al pretender que la inteligencia podía imponerse siempre, en cualquier circunstancia y contra cualquier hombre. En esos años el terreno aún no estaba preparado para la siembra de cualquier empresa cultural. Sin embargo, el país cambió y comenzaron a perfilarse otras posibilidades. En 1930, Don Daniel se planteaba ya un dilema muy diferente al de Gómez Morín:

Nuestra generación ha muerto para todo lo que pueda significar cambio y reforma. Las dos únicas cosas que cabe hacer, son: por una parte, sumirse en la obscuridad lo más posible para que las maldiciones de los nuevos lleguen menos y, por otra, estudiar y escribir lo más que se pueda.

Aquí se apunta ya la fundación del Fondo de Cultura, La Casa de España y El Colegio. Estudiar, escribir, publicar. Toda una empresa integrada. Para su realización se requería del caudillo y del empresario. Fé en el país, en él mismo y en la importancia del trabajo intelectual; carisma para arrastrar a otros en la empresa; capacidad para organizar y distribuir las tareas y tenacidad para asegurar la permanencia.

Don Daniel lo logró. Hace solamente algunos días, el Fondo de Cultura publicó alentadores resultados de su operación en los últimos dos años, después de periodos económicamente difíciles que pusieron en peligro su existencia. El Colegio también ha sorteado diversas pruebas y continúa su labor. Dicen que Don Alfonso Reyes comentaba que Don Daniel quería una "escuelita" y la tuvo. Es más,

las "escuelitas" se han multiplicado y ha surgido El Colegio de Michoacán, el del Bajío y el de Sonora y todas nacieron emprendiendo programas docentes. Don Daniel quería que El Colegio creciera y para ello construyó el edificio de la calle de Guanajuato. Quedaron atrás las viejas casonas con tonos pintados por López Velarde o González León. Posteriormente, el edificio de la calle de Guanajuato fue substituído por el del Ajusco. Y no se trataba de un querer crecer voluntarioso, sino de responder a una exigencia. El país creció a partir de 1940, año en que se funda El Colegio y éste crece con el país. No haberlo hecho, como resultado de un acto deliberado y conciente, hubiera sido un proceso involutivo, contra natura, que hubiera terminado en un estado catatónico.

El problema, más que crecer, es cómo y con quien. Y creo que la respuesta puede encontrarse en el estilo personal de Don Daniel que impregnó a El Colegio y, hablo de estilo, porque éste no se transmite en leyes y reglamentos minuciosos, sino en un código no escrito de actitudes y comportamientos que unos lo adquieren porque poseen, ante todo, una actitud semejante ante la vida y otros definitivamente lo rechazan.

La primera vez que Don Daniel se presentó a El Colegio después de haber dejado la presidencia fué, si mal no recuerdo en 1964, para dictar una conferencia. Para la mayoría de los alumnos de la segunda generación de estudios internacionales, recién llegados a El Colegio, constituyó la primera oportunidad de verlo personalmente. La impresión fue la de un inglés, tanto por su atuendo como por sus actitudes, impresión que confirma Enrique Krauze al llamarle "Un británico de México".

Este aspecto británico impregnó la segunda etapa de vida de El Colegio, o sea, la de los que ingresamos en los años sesenta. A semejanza de la Gran Bretaña, no existía una constitución escrita. No en balde el primer reglamento general de la institución se aprobó solamente en 1970 y aún faltan numerosos reglamentos especiales. Esto no implicaba, en esa época como ahora, que no hubiera reglas de juego y de comportamiento muy claras. Todos sabíamos cuáles eran y se acataban, como en un club de caballeros. Este era el estilo personal de Don Daniel.

El Colegio ha cambiado, sus formas de autoridad también. De la autoridad carismática del caudillo se ha evolucionado a la burocrática más propia del empresario cultural. Lo importante en este tránsito es conservar vivo el espíritu y el estilo que Don Daniel infundió a la institución y que constituye su fuerza. Hay que evitar rigideces innecesarias, demagogias baratas que esterilizan e incluso matan el entusiasmo por estudiar a México a fin de conocerlo y, en esta forma, contribuir a su plena realización como país. Esta fue la preocupación central de Don Daniel.

Si las reflexiones de la Dra. Vázquez y éstas estimulan un diálogo amplio sobre la naturaleza y fines de El Colegio, entonces los recuerdos y los homenajes cobran sentido.

México, D. F., marzo 10 de 1982.

Carlos Arriola